

LA CAZA



Y LOS



TOROS



JOSÉ ORTEGA
Y GASSET

Con
prólogos
de

JOSÉ LUIS LÓPEZ-
SCHÜMMER TREVIÑO
Presidente de la Fundación Artemisan

CHAPU
APAOLAZA
Columnista y escritor

DEUSTO

La caza y los toros

JOSÉ ORTEGA Y GASSET



EDICIONES DEUSTO

© José Ortega y Gasset, 2023

© La caza, los toros y el toreo. Herederos de José Ortega y Gasset

© del prólogo, José Luis López-Schümmer

© del prólogo, Chapu Apaolaza

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: B. 4.269-2023

ISBN: 978-84-234-3556-2

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prólogo, de José Luis Lopez-Schümmer Treviño	7
Prólogo, de Chapu Apaolaza	13

LA CAZA

Prólogo a <i>Veinte años de caza mayor</i> , del conde de Yebes	19
--	----

LOS TOROS

Enviando a Domingo Ortega el retrato del primer toro	131
Notas para un brindis	139
Sobre el libro <i>Los toros</i>	149

SOBRE EL VUELO DE LAS AVES ANILLADAS

I.	157
II.	167

La caza

Prólogo a *Veinte años de caza mayor*, del conde de Yebes

Lucus a non Lucendo... Ha querido el conde de Yebes que escriba un prólogo a su libro de caza, yo, que soy tan incruento y apenas cazador. La razón de su deseo no me es clara porque, ciertamente, existe entre nosotros amistad grande y antigua; pero no se ve por qué una cálida amistad necesita florecer en prólogos. No es tampoco razón suficiente para ponerme en este trance el hecho de que hayamos hablado con frecuencia de caza y sorprenderle que yo, ajeno al ejercicio venatorio, fuese, no obstante, empedernido lector de libros que le atañen.

Más vale, pues, que renuncie a justificar esta presencia de mi prosa al frente de un tratado de montería y declare, sin más, que tomo la pluma con placer. Dando corcovos como un corzo, el tema de la caza había sesgado muchas veces mi horizonte de escritor, y aprovecho ahora la injustificada coyuntura para disparar sobre él a tenazón. La oca-

sión es inmejorable, porque el libro de Eduardo Yebes presenta con rara pureza e intensidad esa extraña ocupación de los hombres que es la caza deportiva. Observe el lector el entusiasmo, el fervor casi místico con que habla el autor de cuanto a la caza se refiere; campo, can, fusil o res. Los que le conocemos percibimos aún más ese entusiasmo, ese fervor, porque nos consta que no son mero vocabulario, sino que en ellos arde un cuarto de siglo de fatigas por vegas y serranías, de sacrificios y peligros nada desdeñables, de disciplina y riguroso entrenamiento.

El conde de Yebes, no obstante su condado, es un hombre sumamente laborioso que ejerce la profesión de arquitecto. Es, además, por forzosidad familiar, hombre de mundo que asiste con frecuencia a fiestas de la sociedad elegante, donde indefectiblemente se duerme. Pero lo más característico en el conde de Yebes es que de vez en cuando desaparece súbitamente de la ciudad, como si se volatilizase. Nadie sabe dónde está, porque está donde no está nadie: en el más perdido risco del perdido Gredos, en el fondo de un coto, allá por Sierra Morena, en el oscuro seno de un bosque toledano. Yebes se ha ido de caza y no de cualquier manera, sino, casi siempre, a cacerías larga y minuciosamente premeditadas. Y no sólo a tierras de que él o los suyos son propietarios, o a cotos ilustres donde le invitan, sino también a la tierra de nadie, campo a traviesa, e incluso a la tierra prohibida en plan de cazador furtivo.

He ahí, sin más, el tema sobre que reflexionan las páginas siguientes. Se trata de aclararnos un poco eso que con tanta escrupulosidad, constancia, dedicación hace el conde de Yebes y que se llama *cazar*. ¿Qué género de ocu-

pación es ésa? Nuestro tiempo —que es un tiempo bastante estúpido— no considera la caza como un asunto serio. Cree haber dicho lo suficiente sobre ella llamándola diversión, y dando —¡claro está!— por supuesto que la diversión, a fuer de tal, no es un asunto serio. Aunque el más sobrio examen debiera hacernos caer en la cuenta de lo desazonador y sorprendente que es el hecho de existir en el universo una criatura —el hombre— a quien es menester divertirse. Porque divertirse es apartarse provisoriamente de lo que solíamos ser, cambiar durante algún tiempo nuestra personalidad efectiva por otra en apariencia arbitraria, intentar evadirnos un momento de nuestro mundo a otros que no son el nuestro.

¿No es esto extraño? *¿De qué* necesita el hombre divertirse? *¿Con qué* logra divertirse? No es cosa de dejarse ahora enredar en los lazos de gauchismo que son esos sugestivos signos de interrogación, y sólo quería de pasada hacer constar que el problema de la diversión nos lleva más directamente al fondo de la condición humana que esos otros grandes temas melodramáticos con que nos abruma en sus discursos políticos los demagogos.

Pero ahora me interesa subrayar en lo que hace el conde de Yebes en ése su «cazar», el rasgo contrario a lo que acostumbra entenderse por diversión. Suelen de ésta contemplarse sólo las manifestaciones cómodas, hasta el punto de que, usada sin cautela, la palabra connota formas de vida exentas por completo de penalidades, que no suponen riesgo, que no reclaman grandes esfuerzos físicos ni continuidad de atención. Mas la ocupación de la caza, según la ha ejercitado el conde de Yebes, implica precisamente todo

eso. No se trata de que tantas o cuantas veces en su vida le haya acontecido irse por los campos con el rifle o la escopeta al hombro, sino que el conde de Yebes ha *dedicado* una parte de su existencia —no importa cuánta— a la caza. Esto es ya cosa más grave. La diversión pierde así su carácter pasivo, que es su lado frívolo y se convierte en suma actividad. Pues lo más activo que un hombre puede hacer es no hacer simplemente algo, sino *dedicarse* a hacerlo. Los demás seres vivientes viven, sin más. Al hombre, en cambio, no le es dado dejarse, sin más, vivir; antes bien, puede y tiene que *dedicarse* a vivir; es decir, entregar, deliberadamente y bajo su intransferible responsabilidad, su vida, o partes de ella, a determinadas ocupaciones. La dedicación es el privilegio y el tormento de nuestra especie. Y acontece que no sólo el conde de Yebes, sino muchos otros hombres de nuestro tiempo, se han dedicado al deporte de la caza. Más aún: que a lo largo de la historia universal, en todos los tiempos de que hay memoria, desde Sumeria y Acadia, y Asiria, y el primer Imperio de Egipto, hasta la hora incompleta que ahora transcurre, ha habido siempre hombres, muchos hombres, de las más varias condiciones sociales, que se dedicaron a cazar por gusto, albedrío o afición. Visto en ésta que es su auténtica perspectiva, el tema de la caza se perhinche hasta adquirir enorme tamaño. Por eso, con la conciencia de que es asunto más peliagudo de lo que al pronto puede parecer, me preguntaba yo antes: ¿qué diablo de ocupación es ésta de la caza?

Caza y felicidad

La vida que nos es dada tiene sus minutos contados y, además, nos es dada vacía. Queramos o no, tenemos que llenarla por nuestra cuenta; esto es, tenemos que ocuparla —de este o del otro modo—. Por ello la sustancia de cada vida reside en sus ocupaciones. Al animal no sólo le es dada la vida, sino también el repertorio invariable de su conducta. Sin intervención suya, los instintos le dan ya resuelto lo que va a hacer y evitar. Por eso no puede decirse del animal que se ocupa en esto o en lo otro. Su vida no ha estado nunca vacía, indeterminada. Pero el hombre es un animal que perdió el sistema de sus instintos o, lo que es igual, que conserva de ellos sólo residuos y muñones incapaces de imponerle un plan de comportamiento. Al encontrarse existiendo se encuentra ante un pavoroso vacío. No sabe qué hacer; tiene él mismo que inventarse sus quehaceres u ocupaciones. Si contase con un tiempo infinito ante sí, no importaría mayormente: podría ir haciendo cuanto se le ocurriese, ensayando, una tras otra, todas las ocupaciones imaginables. Pero —¡ahí está!— la vida es breve y urgente; consiste sobre todo en prisa, y no hay más remedio que escoger un programa de existencia, con exclusión de los restantes; renunciar a ser una cosa para poder ser otra; en suma, preferir unas ocupaciones a las demás. El hecho mismo de que nuestras lenguas emplean la palabra *ocupación* en ese sentido revela que los hombres vieron desde muy antiguo, tal vez desde el principio, la vida como un «espacio» de tiempo que nuestros actos van llenando, incompenetrables los unos con los otros lo mismo que los cuerpos.

Con la vida, claro es, nos es impuesta una larga serie de necesidades ineludibles, que hemos de afrontar so pena de sucumbir. Pero no nos han sido impuestos los medios y modos de satisfacerlas, de suerte que aun en este orden de lo inexcusable tenemos que inventarnos —cada uno por sí o aprendiéndolo en los usos y tradiciones— el repertorio de nuestras acciones. Más aún: ¿hasta qué punto ésas que llamamos necesidades vitales lo son, rigurosamente hablando? Se nos imponen en la medida en que queramos pervivir, y no querremos pervivir si no inventamos a nuestra existencia un sentido, una gracia, un sabor que por sí no tiene. Por eso últimamente he dicho que nos es dada vacía. La vida es de suyo insípida, porque es un simple «estar ahí». De modo que existir se convierte para el hombre en una faena poética, de dramaturgo o novelista: inventar a su existencia un argumento, darle una figura que la haga, en alguna manera, sugestiva y apetecible.¹

Ello es que para casi todos los hombres la mayor porción de la vida está llena de ocupaciones forzosas, de faenas que por su gusto no ejecutarían. Parecería natural que siendo tan antiguo y permanente este sino hubiese ya logrado el hombre adaptarse a él y, en consecuencia, hallarlo encantador. Pero no lleva trazas de conseguirlo. Aunque la continuidad del enojo nos haya encallecido un poco, siguen pareciéndonos penosas esas ocupaciones impuestas por la necesidad. Gravitan sobre nuestra existencia, magu-

1. Sobre el verdadero sentido de las humanas «necesidades», véase mi estudio *Meditación de la técnica*, en el volumen *Ensimismamiento y alteración*. (Véase página 551 del volumen V de estas *Obras completas*.)

llándola, triturándola. Por eso las llamamos *trabajos*, palabra que significó primero un atroz tormento (*trepalium*). Y lo que más nos atormenta en los trabajos es que al llenar el tiempo de nuestra vida nos parece que nos lo quitan o, dicho de otro modo, que la vida empleada en el trabajo no nos parece ser la verdaderamente nuestra, la que debía ser, sino, al contrario, la aniquilación de nuestra auténtica existencia. Con reflexiones secundarias que intentan ennoblecen a nuestros ojos el trabajo y construirle una especie de leyenda hagiográfica procuramos animarnos;² pero el fondo insobornable que actúa siempre en nuestro interior no abandona jamás la protesta y confirma la terrible maldición del Génesis. De aquí el mal sentido que con frecuencia insuflamos en el vocablo *ocupación*. Cuando alguien nos dice que «está muy ocupado», suele darnos a entender que tiene en suspenso su verdadera vida, como si realidades extranjeras hubiesen invadido sus ámbitos y la hubiesen desalojado. Hasta tal punto es así, que quien trabaja lo hace con la esperanza, más o menos tenue, de ganar con ello un día la liberación de su vida, de poder en su hora dejar de trabajar y... comenzar de verdad a vivir.

Lo cual manifiesta que, sumergido penosamente en sus trabajos u ocupaciones forzosas, el hombre proyecta con su fantasía, a ultranza de ellos, otra figura de vida consistente en ocupaciones muy distintas, en cuya ejecución

2. Sea dicho de paso que la consagración del trabajo, su interpretación positiva, es uno de los grandes temas nuevos característicos del Renacimiento, en que coinciden hasta los mayores antagonistas; por ejemplo, san Ignacio de Loyola y Lutero. El trabajo ha sido la virtud «moderna» por excelencia, la virtud de la burguesía.

no le parecería perder su tiempo, sino, al revés, ganarlo, llenándolo satisfactoria y debidamente. Frente a la vida que se aniquila y malogra a sí misma —la vida como trabajo— erige el programa de una vida que se logra a sí misma —la vida como delicia y felicidad—. Mientras las ocupaciones forzosas se presentan con el cariz de imposiciones forasteras, a estas otras nos sentimos llamados por una vozcita íntima que las reclama desde secretos y profundos pliegues yacentes en nuestro recóndito ser. Este extrañísimo fenómeno de que nos llamamos a nosotros mismos para hacer determinadas cosas es la «vocación».

Hay una vocación general y común a todos los hombres. Todo hombre, en efecto, se siente llamado a ser feliz; pero en cada individuo esa difusa apelación se concreta en un perfil más o menos singular con que la felicidad se le presenta. Felicidad es la vida dedicada a ocupaciones para las cuales cada hombre tiene singular vocación. Metido en ellas, no echa de menos nada; íntegro le llena el presente, libre de afán y nostalgia. Ejercitamos las actividades trabajosas, no por estimación alguna de ellas, sino por el resultado que tras sí dejan, en tanto que nos entregamos a ocupaciones vocacionales por complacencia en ellas mismas, sin importarnos su ulterior rendimiento. Por eso deseamos que no concluyan nunca. Quisiéramos perennizarlas, eternizarlas. Y, en verdad, que absortos en una ocupación feliz sentimos un regusto, como estelar, de eternidad.

He ahí a los humanos colocados frente a dos repertorios opuestos de ocupaciones: las trabajosas y las felicitarias. Es conmovedor y de gran melancolía ver cómo en cada individuo combaten ambos. Los trabajos nos quitan

el tiempo para ser felices, y las delicias mordisquean cuanto pueden el tiempo reclamado por el trabajo. Tan pronto como el hombre descubre un resquicio o rendija en la maraña de sus trabajos escapa por ellos al ejercicio de actividades venturosas.

Al llegar aquí sale hacia nosotros disparada, con todos los alicientes casi femeninos de que saben dotarse las grandes cuestiones, esta pregunta: ¿qué figura de existencia venturosa ha procurado hacer el hombre en cuanto las circunstancias se lo permitían? ¿Cuáles han sido las formas de la vida feliz? Aun suponiendo que éstas hayan sido muchas, innumerables, ¿no ha habido algunas, con claridad, predominantes? La cosa tiene la mayor importancia, porque en las ocupaciones felicitarias, repito, se revela la vocación del hombre. Sin embargo, advertimos con sorpresa y escándalo que este tema no ha sido nunca investigado. Aunque parezca mentira, falta por completo una historia de la imagen que los hombres se han forjado de la felicidad.

Si dejamos aparte las vocaciones excepcionales, nos encontramos con el hecho estupefaciente de que, mientras las ocupaciones forzosas han sufrido los más radicales cambios, el programa de la vida feliz apenas ha variado a lo largo de la evolución humana. Vemos que, siempre y dondequiera, tan pronto como los hombres gozaban de un respiro en sus trabajos acudían presurosos, ilusionados y enardecidos a ejecutar un mismo y reducido repertorio de actividades felicitarias. La cosa, repito, es extrañísima; pero, en lo esencial, me parece incuestionable. Para convencerse de ello basta con proceder un poco metódica-

mente y empezar por acotar la información. ¿Qué clase de hombres ha sido la menos oprimida por los trabajos y que más fácilmente ha podido vacar a ser feliz? Evidentemente, la aristocrática. Sin duda los aristócratas tenían también sus trabajos, con frecuencia los más duros de todos: guerra, responsabilidades de gobierno, cuidado de sus propias riquezas. Sólo las aristocracias degeneradas han dejado de trabajar, ocio total poco duradero, porque las aristocracias degeneradas fueron pronto barridas. Pero el trabajo del aristócrata, que tiene más bien el cariz de «esfuerzo», era de condición tal que dejaba libres para el sujeto grandes porciones de su vida. Y de esto es de lo que aquí se trata: qué hace el hombre cuando y en la medida en que es libre para hacer lo que le da la gana. Pues ese hombre máximamente liberado, ese hombre aristocrático ha hecho siempre lo mismo: correr con caballos o emularse en ejercicios corporales, concurrir a fiestas, cuyo centro suele ser la danza, y conversar. Mas antes que todo esto, por encima de todo ello y con constancia aún mayor... cazar. De suerte que, si en vez de urdir utópicas suposiciones, nos atenemos a los hechos, descubrimos, queramos o no, con simpatía o enojo, que la ocupación venturosa más apreciada por el hombre normal ha sido la caza. Eso es lo que preferentemente han hecho reyes y nobles: cazar. Pero acontece que lo mismo han hecho o deseado hacer las demás clases sociales, hasta el punto de que casi, casi podían comprimirse las ocupaciones felices del hombre normal en las cuatro categorías: caza, danza, carrera y tertulia. Secciónese por donde plazca el dilatado y continuo flujo de la historia y se verá que también el burgués y

el miserable han solido hacer de la caza su más feliz ocupación. Nadie representa mejor el nivel intermedio entre la nobleza y la burguesía españolas del siglo xvi declinante, como el Caballero del Verde Gabán. Pues en el programa de su vida, que formalmente expone a Don Quijote, hace constar ante todo que «son sus ejercicios la caza y la pesca». Hombre ya cincuentón, su caza es menos arriscada que la del conde de Yeves. Renuncia al galgo y al halcón; perdigón manso y hurón atrevido le son suficientes. Es ésta la especie menos gloriosa de la caza, y se comprende que Don Quijote poco después, en un movimiento de impaciencia que alabeó su habitual cortesía, menospreciase ambas bestezuelas en comparanza con el membrudo león marroquí, servido allí por la Fortuna a la voracidad de su heroísmo.³

Uno de los pocos textos sobre el arte de la caza que de la Antigüedad nos quedan es el *Cynegeticus*, de Arriano, el gran historiador de Alejandro, griego que escribía en tiempos de Antonino Pío y Marco Aurelio. En este libro, compuesto en los primeros años del siglo II de nuestra era, describe Arriano las cacerías de los celtas, y con imprevista morosidad estudia separadamente el modo de cazar los potentados, los hombres de media condición y los humildes (capítulos 19 y 20). Es decir, que todo el mundo cazaba, se entiende, por gusto, en una civilización que corresponde aproximadamente a la primera etapa del hierro.

3. «Váyase vuesa merced, señor hidalgo, con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio.» *Parte segunda*, capítulo XVII.

Sin embargo, la prueba más enérgica de la extensión que ha tenido en toda la historia el afán de cazar está en el hecho contrario, a saber: que con máxima frecuencia a lo largo de los siglos no se ha dejado cazar a todo el mundo, y se ha hecho de esta ocupación un privilegio, uno de los privilegios más característicos de los poderosos. Precisamente porque casi todos los hombres querían cazar y veían en esta operación una posible felicidad, hubo que estancar su ejercicio; de otro modo la caza habría desaparecido muy pronto y no hubieran podido ser felices en tal forma ni los muchos ni los pocos. No es improbable que ya en la época neolítica cobrase ciertos rasgos de privilegio. El hombre neolítico, que cultiva ya el suelo, que ha domesticado y cría animales, no necesita, como su antecesor paleolítico, nutrirse principalmente del trabajo venatorio. Descargada de su forzosidad, la caza se eleva a deporte. El hombre neolítico es ya rico, y esto significa que vive en auténticas sociedades; por tanto, en sociedades articuladas en clases, con su inevitable «arriba» y su inevitable «abajo». Difícil es que no fuese, en una u otra dosis, acotada la caza.

Con haber subrayado el carácter casi universal de privilegio que ha tenido el deporte de la caza se hace manifiesto hasta qué punto no es ésta una broma, sino un anhelo, todo lo extraño que se quiera, pero profundo y permanente en la condición humana. Porque es como si hubiésemos hurgado en un trigémino. De aquí y de allá, es decir, de todas las zonas revolucionarias en la historia sale brincando el odio fiero de las clases inferiores hacia las superiores porque habían éstas acotado la caza. Lo cual da la medida del apetito enorme que ellos, los de abajo, sentían por ca-

zar. Una de las causas de la Revolución francesa fue la irritación de los campesinos porque no se les dejaba cazar, y por eso uno de los primeros privilegios que los nobles se vieron obligados a abandonar fue éste. En toda revolución lo primero que ha hecho siempre el «pueblo» fue saltar las vallas de los cotos o demolerlas, y en nombre de la justicia social perseguir la liebre y la perdiz. Y esto después que los periódicos revolucionarios, durante años y años, habían denostado en sus editoriales a los aristócratas por ser tan frívolos que... se ocupaban en cazar.

Hacia 1938, Jules Romains, aguerrido escritor del *Front Populaire*, publicaba un artículo dando salida a su irritación contra los obreros, porque éstos, reducida al extremo la jornada de trabajo y dueños de largas horas ociosas, no habían sabido ocuparlas en otra forma que en la más desgarrada de las cacerías: la pesca con caña, faena predilecta del buen burgués francés. Al malhumorado escritor le irritaba muy fundadamente que se estuviese haciendo una grave revolución sin más resultado aparente que aumentar el número de los pescadores de caña.

No es, pues, un azar ni mera insolencia subversiva la inveterada furia de los populares contra el privilegio de la caza. Está sobremanera justificada: en ella revelan que son hombres como los de arriba, y que es normal en el ser humano la vocación, la ilusión felicitaria de la caza. Lo que es un error es creer que ese privilegio tiene un origen arbitrario, que es pura injusticia y abuso de poder. No; pronto vamos a ver por qué la caza —no sólo la deportiva y suntuaria, sino toda la caza, sea la que fuere— reclama esencialmente limitación y privilegio. Dispútese, peléese

cuanto se quiera sobre quiénes han de ser los privilegiados, pero no se pretenda que los cuadrados sean redondos y que la caza no sea privilegio. Pasa con esto como con muchas otras cosas: desde hace dos siglos en la humanidad occidental se combate para que no haya privilegios. Lo cual es estúpido porque en ciertos órdenes el privilegio es inexcusable y su existencia no depende del humano albedrío. Es de esperar que el Occidente dedique los próximos dos siglos a pelear —pues no hay esperanza de pausa en su ingénita pugnacidad—, a pelear, digo, por algo menos estúpido, asequible y nada genial, como sería una mejor selección de los privilegiados.

En las épocas de signo inverso, que no son revolucionarias y, evitando la insincera utopía, se atienen a lo que las cosas son, la caza no sólo fue un privilegio respetado por todos, sino que los de abajo exigían a los de arriba su ejercicio, porque veían en la venación, sobre todo en sus formas superiores —montería, cetrería y batida a las grandes fieras—, una disciplina vigorosa y una ocasión para demostrar el coraje, la reciedumbre y la destreza, que son los atributos del auténtico poderoso. En una vacante del trono persa fue a ocuparlo el príncipe heredero, que vivía desde su niñez educándose en Roma. Pero muy pronto tuvo que abdicar porque los persas no podían admitir un monarca a quien no le gustaba la caza, ocupación tradicional y casi titular de los señores iraníes. El mozo, por lo visto, se había aficionado a la literatura y no tenía remedio. La caza, como toda ocupación humana, posee diversas altitudes, y lo que ella es en su forma más peraltada puede verse, tal vez mejor que en ningún otro texto, en este libro

del conde de Yeves. ¡Qué poco queda en parejo modo de ejercitar la faena venatoria, de lo que sugiere palabras como diversión, esparcimiento, entretenimiento! Cazar es así un menester duro, que exige mucho del hombre: hay que mantenerse entrenado, arrostrar cansancios extremos, aceptar el peligro. Implica toda una moral y del más egregio gálibo. Porque el cazador que acepta la moral deportiva cumple sus mandamientos en la mayor soledad, sin otros testigos ni público que los picachos serranos, la nube vaga, la encina ceñuda, la sabina temblorosa y el animal transeúnte. Se empareja así la caza con la regla monástica y la ordenanza militar. Por eso al presentarla yo como lo que es, como una forma de felicidad, he evitado llamarla placer. Sin duda que en toda felicidad hay placer; pero el placer es lo menos en la felicidad. El placer es un acontecimiento pasivo, y conviene volver a Aristóteles, para quien era evidente consistir siempre la felicidad en una actuación, en una energía y un esfuerzo. Que este esfuerzo, conforme se va haciendo, segregue placer no es sino un añadido y, si se quiere, uno de los ingredientes que componen la situación. Pero junto a los placeres que hay en la caza hay en ella innumerables molestias. ¿Con qué derecho se la toma por aquel asa y no por ésta? La verdad es que ni lo uno ni lo otro son lo importante en la caza y lo que la hace apetecible, sino la actividad misma en que consiste.

Las ocupaciones felices, conste, no son meramente placeres; son esfuerzos, y esfuerzo son los verdaderos deportes. No cabe, pues, distinguir el trabajo del deporte por un más o menos de fatigas. La diferencia está en que el

deporte es un esfuerzo hecho libérrimamente, por pura complacencia en él, mientras que el trabajo es un esfuerzo hecho a la fuerza en vista de su rendimiento.⁴

Polibio y Escipión Emiliano

Esta enjundia de esfuerzo y hazaña que lleva dentro la caza, en su mejor estilo, ha hecho que siempre se la consi-

4. Ésta es la contraposición «vívida» en el significado originario de la palabra *deporte*, es decir, en su etimología. (Las etimologías no son meramente de interés lingüístico, sino que nos permiten descubrir situaciones «vívidas» efectivamente por el hombre y que en ellas quedaron conservadas *con pleno frescor de actualidad*, como la carne de los mamudes, conservada durante milenios en el hielo de Siberia y de que hombres actuales pudieron alimentarse.) La palabra *deporte* ha entrado en la lengua común procedente de la lengua gremial de los marineros mediterráneos, que a su vida trabajosa en la mar oponían su vida deliciosa en el puerto. *Deporte* es 'estar *de portu*'. Pero la vida de puerto no es sólo el marino plantado en el muelle, con las manos en los bolsillos del pantalón y la pipa entre los dientes, que mira obseso al horizonte como si esperase que en su líquida línea fuesen de pronto a brotar islas. Hay, ante todo, los coloquios interminables en las tabernas portuarias entre marinos de los pueblos más diversos. Esas conversaciones han sido uno de los órganos más eficientes de la civilización. En ellas se transmitían y chocaban culturas dispares y distantes. Hay, además, los juegos deportivos de fuerza y destreza. En la cultura trovadoresca de Provenza aparece ya recibida la palabra, y con frecuencia en esta pareja *deports e solatz*, donde, al revés que ahora, *deport* es, más bien, el juego de conversación y poesía, mientras *solaces* representa los ejercicios corporales: caza, cañas, justas, anillos y danzas. La pareja, pues, resume una vez más el eterno repertorio felicitario. En la Crónica oficial de Don Enrique IV se emplea el verbo *deportar* referido a la caza. Hoy juzgaríamos este uso como galicismo, y probablemente lo fue entonces —fue un «provenzalismo»—. Porque conviene recordar que los galicismos no son invento de estos últimos decenios.

derase como una gran pedagogía, como uno de los métodos preferentes para educar el carácter. Sólo en la Edad Contemporánea y, aun durante ella, sólo en las regiones más desmoralizadas de Europa se ha subestimado el afán venatorio.

Quiero sobre este fondo, que es el más oportuno, destacar un hecho de superior ejemplaridad que, no sé cómo, nadie hasta ahora ha repujado condignamente. Tal vez al lector no le emocione. A mí sí, y por lo hondo, y conmigo a todos los capaces de sentir bajo sus plantas pulsar el profundo pasado humano, de que, guste o disguste, somos no más que la presente y superficial emergencia. Me refiero al hecho de que una de las más ilustres amistades que han existido sobre el planeta Tierra —la amistad entre el griego Polibio y Escipión Emiliano— fuese ocasionada y urdida en su común afición a cacerías. No se trata de una beatería académica. Sobre haber yo creado el mote «beatería de la cultura», hay que la he perseguido sin descanso por todos los rincones. Durante casi cuarenta años, mientras he existido, me he extenuado, jornada tras jornada, en empujar a mis compatriotas y a todo el mundo de habla española hacia una cultura sin beatería, en que todo fuera vivaz y auténtico, que estimase lo estimable y cercenase lo falaz. Pero es menester que la gente deje de ser bestia y acierte a estremecerse cuando es hora de temblar, que no es sólo la de la muerte, sino siempre que hay a la vista algún síntoma de soberana humanidad. Otra cosa es aldeanismo y estolidez.

Polibio y Escipión Emiliano representan dos auténticas cimas del hombre, y no son dos nulos nombres escolares que se citan para hacer legendaria nuestra erudición.